UBIKVERSO

Universo de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror
Año 2. Número 3. Mayo - Agosto, 2008

El mejor de los enemigos
Marco Ángel

Future in computer Hell
Alexis Brito

Algunos deben caer
Magnus Dagon

©2008. Ubikverso es una publicación de la Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

Contenido

Editorial

Relatos
El Mejor de los enemigos
[4]
Marco Ángel

Future in computer Hell
[7]
Alexis Brito

Algunos deben caer
[18]
Magnus Dagón

Ilustraciones
Ramón Siverio
Juan Raffo

Portada
Juan Raffo

Contraportada
Ramón Siverio

Ubikverso
Universo de Ciencia Ficción,
Fantasía y Terror
Año 2 Número 3
Mayo-Agosto 2008

Editor
Jorge De Abreu

Logotipo de Ubikverso
William Trabacilo

Todos los relatos e ilustraciones son propiedad de sus respectivos autores. Cada autor ha cedido gentilmente sus derechos únicamente para la publicación en esta edición de Ubikverso.
La distribución de Ubikverso es gratuita y se autoriza su redistribución siempre que sea esta edición íntegra y sin alteraciones.

Ubikverso es una publicación literaria de la Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía.
Octubre de 2008.
Todos los derechos reservados.

Ramón Siverio, venezolano, es un artista plástico, diseñador gráfico, dibujante de cómics, ilustrador, desarrollador 3D y hace video (animaciones en 3D). Él define su obra, como realizador y creador, con una frase de Woody Allen: "*Si mi película hace que otra persona se sienta miserable, considero que he cumplido con mi trabajo*".

Le gusta el cine, el video, las animaciones (2D y 3D), la literatura; todo lo relacionado con la ciencia ficción, la fantasía y el terror, las artes plásticas en general, los cómics, el jazz, la bossa nova, la música popular brasilera y la música clásica.

Vive en Tocuyito, Estado Carabobo, con una madre, un hermano y dos perras (Mancha y Negra).

En la página 17 se explica cómo Ramón Siverio hizo la nave-colibrí que ilustra esta entrada de Ubikverso.

EDITORIAL

Bueno, con las pruebas en la mano, ustedes pueden decir a las generaciones futuras que Jorge De Abreu casi lo logró. Ante lo dilatado de las eras pasadas, dos meses no son más que un suspiro anémico. Tal como lo había prometido en el editorial del número anterior, Ubikverso había regresado y tenía como respaldo la convicción de su editor (que no es la gran cosa, pero algo debe valer) y el compromiso de llegar hasta sus pantallas cada cuatro meses. Esta vez fueron seis meses, pero como todo criminal agarrado con las manos en la masa, yo también tengo buenas razones para descargar parte de la responsabilidad, solo que ahorita mismo no se me ocurre ninguna.

Este ejemplar viene con tres relatos, lo que es una excelente aproximación a mi plan original manifestado en el primer editorial de Ubikverso, además de ser el 3 un número primo. Las tres historias son de Ciencia Ficción, escritas por 1 mexicano y 2 españoles (casualmente sendos números primos). Marco Ángel en "El mejor de los enemigos" nos describe la insaciable sed destructora del hombre (y de la mujer también, no se hacen discriminaciones) llevada hasta las últimas consecuencias. Un pasaje de novela negra al estilo cyberpunk nos arrastra a la violencia no exenta de vanidad del relato de Alexis Brito: "Future in computer Hell". Cierra este número el drama humano de la Tierra vista como destino turístico de "Algunos deben caer" de Magnus Dagon.

En esta ocasión la ilustración de la portada fue realizada por Juan Raffo, un habitual de las publicaciones de UBIK. Mientras que la ilustración de entrada se debe a Ramón Siverio, quien se estrena colaborando con UBIK y espero que se entusiasme lo suficiente para convencerlo a firmar con sangre el pergamino que guardo en mi escritorio bajo siete llaves. Juan firmó hace bastante tiempo y puede dar fe que las molestias de haber entregado su alma son mínimas, pero en cambio la ganancia es absolutamente nula.

Ambas ilustraciones son soberbias y contribuyen a cerrar un número para el deleite, así que no esperen un minuto más, ya han soportado demasiado mis impertinentes observaciones. Lo mejor está alrededor de este editorial, vean, lean y disfruten.

Jorge L. De Abreu

EL MEJOR DE LOS ENEMIGOS

por Marco Ángel

Este es un relato que hace recordar con nostalgia las epopeyas clásicas de la edad de oro de la CF, pero que también nos hace reflexionar con el fatalismo de la era post-atómica. Constituye una deliciosa moraleja sobre la trascendencia de los pueblos.
Marco Aurelio Ángel-Lara (México 1970) tiene un doctorado en la escuela de Literature and Creative Writing de la University of East Anglia, Inglaterra. Ganador del Premio FONCA-CONACULTA en 2006 y en 2007; Primer Lugar Premio Internacional Julio Verne 2006 (por guión de cortometraje), finalista del Premio Internacional de Poesía Cesar Vallejo 2006 y Mención de Honor en Premio Internacional de Poesía Oliverio Girondo 2005 de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE).
Ha publicado en *Letralia*, *Casa del Tiempo*, *Tierra Adentro*, *Periódico de Poesía- UNAM*, *Temas de Ciencia y Tecnología*, *El Universo de El Búho*, *UMBRAL*, *Elementos: Ciencia y Humanidades*, y *Topodrilo*. En el Reino Unido los textos de su libro de aforismos "*El atril de la luciérnaga"* han tenido gran acogida y una muestra forma parte de una antología propuesta para publicación en la editorial Blackwell.

Es sólo la entropía. Cuando funcionaba, la academia enseñó que todo sistema tiende al equilibrio eterno. Ahora nuestro imperio se somete a esa ley. Sin embargo, parecía que podríamos evitar la degradación por milenios.

Yo no sé si los silak son el poder armado del destino —como gustan decir los sacerdotes—, pero hacen cumplir para nuestra sociedad la profecía que todo organismo tiene escrita desde el origen: la de su propia muerte . Otrora invencibles, hoy peleamos en retirada, casi por inercia y con la moral quebrada. Pero la desesperación hace más dura la defensa; tanto para el que resiste como para el que ataca: para nosotros porque luchamos en la angustia, para ellos porque tienen que enfrentar un valor a veces suicida. Ni eso ni nada cambiará los hechos; ellos son mejores que nosotros: sus naves, sus tácticas, su paciencia. A pesar de todo, puedo decir con orgullo que por más de 40 años fuimos un oponente digno; hasta que el equilibrio se quebró y luego nuestro imperio, y luego la esperanza.

Una vez vi a un silak. Su nave se había estrellado en un ataque a una base y por alguna razón el mecanismo de autodestrucción no se activó. Los soldados lo sacaron a rastras con una cadena. Él no articuló sonido mientras los hombres lo golpeaban y escupían; su actitud parecía mostrar dignidad (aunque nunca se sabe qué es lo que esos seres quieren mostrar). Lo ataron a las orugas de una nave de tierra y soltaron a los perros; el silak trató de defenderse en vano. Cuando los perros ya lo estaban mutilando, los soldados pararon la carnicería para fingir un juicio sumario y luego matarlo a patadas. Cosas como esa le suelen pasar a los prisioneros y no se puede cambiar la situación; cuando los guerreros están largas temporadas en el espacio no es recomendable

imponer restricciones o acabarían comiéndose entre ellos.

Esta ferocidad y la disciplina sirvieron a la grandeza del imperio. Dondequiera se aceptaban nuestras condiciones para el intercambio, so pena de arreglar desacuerdos con nuestra flota (en ese entonces «¡la más poderosa del universo!»). Los pactos siempre eran una prórroga, de alguna u otra manera todos acababan viéndoselas con nuestra armada. Las razones nunca fueron importantes; los historiadores afirmaban que el motivo era económico; los oficiales sabemos que nada podía contener el ánimo de nuestro ejército. Esa era la clave de nuestra invencibilidad… cuando éramos invencibles. Pero entonces se nos atravesaron los silak.

Los primeros contactos fueron extraños y esporádicos. Casi puede decirse que no supimos cómo aparecieron, de dónde venían, cómo eran exactamente. Primero intentamos granjearnos su confianza, saber cómo pensaban, qué poseían, cómo podrían defenderlo. Calculamos que sin problemas podríamos ganar en unos treinta años.

Pasaron los treinta años y estábamos tablas; las fuerzas parecían trabadas e iguales. Pero la armonía tensa de combates frecuentes se rompió en el año treinta y nueve cuando, de un espléndido golpe de mano, rompimos su línea con casi toda nuestra armada. Cientos de bastiones cayeron en nuestras manos. Los medios celebraban que nuestros chicos habían puesto al monstruo de rodillas. En los consejos se explicaba que eliminar al mayor de nuestros enemigos requeriría sólo tiempo y sangre fría. Todo era cierto. Eso fue lo que nos perdió.

La academia enseñaba que el que desespera suele romper las reglas. Nosotros demostrábamos el fenómeno: llevábamos a las civilizaciones inferiores al límite; les hacíamos patente su derrota, jugábamos con su angustia, contrariábamos sus esperanzas y actuábamos sin remordimientos, una vez que ellos violaban los pactos. Después de las victorias decisivas el guión era el mismo: requeríamos una capitulación inaceptable, luego enfrentábamos una defensa encarnizada y, ulteriormente, esa tozudez justificaba el incremento de las demandas o la negativa a toda negociación. El arte es lograr la solución éticamente: con la limpieza de quien extirpa una hernia y no una especie.

Sorprendentemente, los silak lucharon apegados a tratados previos. No sirvió provocación alguna; sólo parecían esperar un cambio; como si fuéramos a ofrecerles una paz que perdieron para siempre cuando empezamos a ganar la guerra. «Morirán como caballeros» reconocían algunos, y en los bares se oían brindis por «la gentileza en extinción» entre risotadas de borrachos.

El alto mando apuntó: «el vencedor absoluto no sufre recriminaciones». Las órdenes fueron precisas. Masacramos civiles y potencias neutrales que los hubieran apoyado. Cortamos comunicación y derribamos sus naves de contacto diplomático. Después de la guerra ya habría lugar para arrepentimientos. Nuestros científicos tendrían tiempo escribir una historia objetiva y, como parece agradarles, echarnos en cara nuestras astucias.

Cuando cayó el último bastión, la euforia se desató. Las fábricas pararon, la gente salió a bailar a las calles, los desconocidos se abrazaban, los parques se volvieron espacios de fiesta. También hubo desmanes y la disciplina se relajó unos días. Pero habíamos ganado, no importaba nada más. Les habíamos ganado y no importaba cómo. Simplemente habíamos ganado…

Pero sí importó.

Todavía celebrábamos la victoria cuando llegaron los primeros comunicados. En un principio no entendimos nada; nosotros sabíamos que los habíamos hecho pedazos, que era cosa de tiempo añadirnos sus fronteras. Así lo creímos por una semana bendita, la última de felicidad e ilusión que recordaremos. Mas nuestras patrullas hablaban de naves silak en un número difícil de creer, incluso para quienes vimos a la flota imperial el primer día de nuestra desafortunada gloria.

Ahora lo sabemos con certeza: en la vastedad del dominio silak, nosotros iniciamos una riña contra una colonia de una orilla austral, una Siberia extraterrestre para convictos y condenados. Les hicimos el doble favor de eliminar a sus indeseables y de justificar nuestra propia extinción. Cumplimos el papel de la víctima en un juego en el que creíamos ser diestros. Reconozco sin rencor que obrando mal ellos son muy buenos; mejores que nosotros.

En la segunda guerra (o segunda etapa de nuestra eliminación, según la perspectiva silak), el imperio silak convirtió la ex-colonia en campo de entrenamiento. De un día para otro las batallas fueron realizadas de acuerdo a su agenda. Y, como era de esperarse, no contestaron —ni contestarán— ninguna señal.

Hemos abandonado mundos, detonándolos para que no caigan en sus manos. No parece importarles: un sector desierto no será un precio muy alto por nuestra extinción. Las caravanas que organizamos para huir fueron interceptadas una a una, hasta que renunciamos a invertir recursos en construir Arcas de Noé. Nuestro diluvio es ahora y no hay manera de escapar a su constancia minuciosa.

Todavía continúan regresándonos a los prisioneros después de curarlos y alimentarlos. Es casi un gesto de desprecio. Los primeros envíos fueron rechazados por algún comandante, pero ése es un desplante que ya no se permite bajo pena de corte marcial. Ahora cada soldado regresado es repuesto al combate como si hubiera tenido un descanso inmerecido.

Al cabo todo pasará como planeamos: unos son los que van a morir y otros saludarán sus restos. Quizás algún día se hablará de la belleza y la complejidad de una civilización extraña y algún antropólogo dedicará su vida al pasatiempo esnob de alabar lo que se destruye.

(Fin)

FUTURE IN COMPUTER HELL

por Alexis Brito

Sórdida banalidad son las palabras que me vienen a la mente cuando intento describir la vida de Nathan, protagonista del siguiente relato. Brito combina estupendamente los elementos de la literatura negra con el cyberpunk en un cuento trepidante y oscuro. Una instantánea de algún episodio de algún momento en el tiempo y el espacio.
Alexis Brito Delgado, nació en 1980 en Tenerife (España). Está apunto de sacar su primera novela en papel impreso: "*Luz blanca/Calor blanco"*. Tiene cuentos publicados en: *Nexus*, *Aurora Bitzine*, *Velero 25*, *NGC 3660*, *Jack Blade Runner Page*, *Rescepto*, *Sociedad Tolkien Española*, *Portal de Ciencia Ficción*, *Alfa Eridiani*, *Tiempos Futuros*, *Libroandromeda*, *Ciencia Ficción Perú*, *Nosolorol*, *NM*, *miNatura*, *Biblioteca Fosca*, *Revista Fantastique*, *Tierras de Acero*, *Sedice*, *Axxón*, *Asociación Española de Espada y Brujería*, *Club Bizarro,* y *Action Tales*.
Entre sus escritores favoritos se cuentan: William Burroughs, Michael Moorcock, Philip K. Dick, Robert E. Howard, William Gibson, y J.G. Ballard.

No consigo un conocimiento más profundo de mí mismo, no se puede extraer ninguna comprensión nueva de nada de lo que digo. No hay razón para que te cuente esto. Esta confesión no significa nada...

Bret Easton Ellis

10:00

Al amanecer, me quité las sábanas Calvin Klein de encima, salté del colchón de látex y me puse unos shorts Adidas de licra negros. Un delgado hilo de luz penetraba por las persianas de la habitación e iluminaba los muebles de ébano: cama de 2,90 x 2,50 con detalles de acero en la bancada, mesas de noche a juego con patas metálicas, espejo de 90 x 190 colgado de la pared, encima del cabezal con luces incrustadas; sillón de cuero, palisandro y acero, y una alfombra azabache (regalo de un cliente satisfecho).

10: 19

En el salón del hogar, efectué mis estiramientos matinales, mientras por la Microcadena Philips MCD 296 con DVD incorporado, retumbaba el Bone Machine de Tom Waits. Primero, Método Pasivo Estático, para calentar los músculos. Después, al entrar en calor, Método Pasivo

Dinámico. Acto seguido, pasé a las máquinas de musculación, sin molestarme en descansar. Piernas: 5 tandas de 10 repeticiones. Abdominales: 10 series de 20 repeticiones. Bíceps, 15 tandas de 30 repeticiones. Pecho: 10 series de 40 repeticiones.

11: 12

Entré en la cabina de hidromasaje. Ajusté la barra deslizante en la primera posición, la temperatura en el panel de datos y el sistema de espuma. El agua chocó contra el plato de porcelana, mientras las boquillas de masaje dorsal, lumbar, cervical y lateral, masajeaban mis miembros. Primero, un exfoliante Nickel y un gel Calvin Klein para el cuerpo. De inmediato, un champú Yves Rocher y un acondicionador de Loreal (cortesía de un cliente satisfecho) para el pelo. Corrí las mamparas de fibra de vidrio, salí del compartimento lleno de vaho, me sequé con una toalla Ralph Laurent y utilicé un hidratante Deadsea spa Magik y un reafirmante abdominal Biotherm. Ante el espejo del baño, pasé al cuidado de mi cara, saltándome la bolsa de hielo para los ojos. Primera parte: gel exfoliante Anthony Logistics y mascarilla Vitaman (de aceite de sándalo australiano y arcilla) para pieles grasas. Diez minutos más tarde, pasé a la segunda parte: hidratante Lancôme y crema antibolsas Shiseido.

11: 47

Al llegar al vestidor, me quité el albornoz y me dispuse a vestirme. Camisa Versace negra, Levi's azules, calcetines y ropa interior Emporio Armani y unas zapatillas deportivas Nike (de 200 yendólares). Tom Waits empezó a cantar *"Going Out West*".

Well I'm going out west

Where the wind blows tall

'Cause Tony Franciosa

Used to date my ma...

Satisfecho, estudié mi imagen en el espejo: rostro afilado, cabellos rubios, perilla bien recortada, pómulos salientes y ojos castaños. En cuanto a mi físico, un metro ochenta de altura. Las horas de gimnasio empezaban a dar resultado: mis abdominales, bíceps, tríceps, piernas, antebrazos, pectorales y hombros estaban duros como piedras. *Vanitas vanitatis et omnia vanitas.*

Well I don't lose my composure

In a high speed chase

Well my friends think I'm ugly

I got a masculine face

I got some dragstrip courage…

11: 59

La cocina de diseño tiene este aspecto: una barra americana laminada en roble antracita, rinconero de lavado lacado en color pomelo con puerta abatible, una despensa con giro de 90º extraíble, cinco vitrinas de aluminio, divididas en módulos, con vidrieras mateadas al ácido, un armario de acero, con puertas de cristal, que ocupa una pared y los electrodomésticos básicos: horno, nevera, cafetera eléctrica, microondas y placa de vitrocerámica.

Mi desayuno consiste en lo siguiente: zumo de piña, dos manzanas reinetas, una barra de muesli, un vaso de leche desnatada y un descafeinado, solo, sin sacarina.

12: 30

Con un Marlboro Light en los labios, me aproximé al videófono Nokia de 37 pulgadas, dispuesto a atender la llamada. El rostro sin afeitar de Jack apareció en la pantalla de cristal líquido, encuadrado por las familiares paredes de su despacho.

—¿Qué tal estás, cabrón? —inquirió.

Jack llevaba una chaqueta de tres botones, camisa blanca, corbata (con nudo Windsor) de lunares, todo de Armani y unas gafas de sol Ray Ban oscuras en la cabeza. Conociéndolo, los zapatos estarían a juego con el cinturón, la corbata y las gafas de sol.

—De puta madre, tío —respondí—. ¿Y tú?

—He tenido un día de mierda —resopló—. Tengo una hora para comer antes de volver a la oficina.

Medité las posibilidades: Hugo Boss, Gucci o Prada. Dudaba que llevara otra marca de calzado. Conocía sus gustos perfectamente. Mi tono fue burlón:

—Supéralo, colega —dije—. Todo sea por la empresa.

Jack frunció el ceño.

—Gracias, Nathan, no sé lo que haría sin ti.

Sonreí.

—¿Tu jefe no te ha comentado nada de la barba?

—Está de vacaciones en Hawái.

Decidí seguir pinchándolo.

—Necesitas un buen afeitado. Lo sabes, ¿verdad?

Jack ignoró mi comentario:

—¿A qué hora quedaste con la peña?

Su cuestión me extrañó.

—A la una. ¿Por qué lo preguntas?

—Me han llegado rumores.

Enarqué las cejas.

—Escupe.

Jack bajó la voz:

—No te fíes de ellos. Tengo entendido que son colegas de Brian. ¿Me captas?

—Lo tendré en cuenta.

Jack se dispuso a colgar.

—Llámame cuando termines, ¿vale?

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Por cierto... ¿Qué zapatos llevas?

—Tod's. ¿Y eso a que coño viene?

Sentí vergüenza ajena.

—Estás de broma, ¿verdad?

Jack sonrió.

—Hugo Boss, capullo.

12: 45

Comprobé mi Rolex de oro: eran las 12:45 PM. Tenía quince minutos para prepararme. De un cajón de mi dormitorio, saqué una Taurus PT-609 de 9mm, semiautomática, cargador extra de 13 tiros, doble acción, mira nocturna de tritium, armazón de polímero y cachas de carbono, que compré en Michigan el año pasado. Revisé el tambor, amartillé el arma y la guardé dentro de un módulo en la mesa del salón, donde hablaría con los clientes que estaban apunto de llegar: la desconfianza era una de mis mejores virtudes.

13:11

Dos hombres y una mujer tomaron asiento sobre el sofá de cuero auténtico de tres plazas. El primero, un francés de la vieja escuela, llevaba un traje Christian Dior hecho a medida, corbata Versace (con doble nudo simple) y zapatos Gucci. El segundo, un gorila de dos metros de altura con cara de pocos amigos, vestía un traje Tommy Hilfiger color pastel, corbata (con nudo Windsor) Raffaello Excellence y calzado perforado de Prada. En cuanto a la chorba, una japonesa de curvas sinuosas y ojos gélidos, llevaba un traje Yves Saint Laurent de lana, zapatos Rene Caovilla de tacón alto, un cinturón Dolce & Gabbana, bolso de piel Salvatore Ferragamo y gafas de pasta Chanel (era la primera vez que veía aquel modelo): clase, mucha clase. Serví tres copas de Blackstone Pinot Noir (cosecha del 2006) mientras estudiaba las piernas de la joven, firmes y bien torneadas, producto de intensas sesiones de aeróbic. El franchute tomó la palabra:

—¿Cuándo vas a sacar el material?

No se había molestado en probar el vino.

—¿Qué es lo que quieres?

Su réplica no dejó lugar a dudas.

—Cocaína, evidentemente.

Al gorila le abultaba la chaqueta a la altura del corazón, dudaba que utilizara marcapasos, lo más probable era que llevara una pipa de gran calibre, algo tosco con silenciador incluido: típico de los guardaespaldas profesionales. La pava hizo un gesto de desagrado.

—Estamos perdiendo el tiempo —comentó—. En dos horas tenemos una reunión en Shinjuku.

Su franqueza me agradó, me gustaban las tipas que iban al grano, sin andarse con rodeos ni chorradas por el estilo, en la cama solían ser las mejores, eran tan exigentes como en el trabajo.

—Tienes razón —suspiró el francés—. Los negocios no dejan margen de diversión.

Fui práctico:

—¿Cuánto quieres?

Los ojos gélidos del franchute se entrecerraron.

—Primero quiero probarla.

Esbocé una sonrisa torcida.

—¿No te fías de mi reputación?

La japonesa intervino:

—No podemos permitirnos el lujo de confiar en un camello.

Su tono despectivo me resultó indiferente. Estaba acostumbrado a comentarios peores. Procuré bajarle los humos.

—Me parece bien —asentí—. A mí tampoco me gustan las secretarias fracasadas, ¿sabes?

El gorila reprimió una sonrisa. Una corriente de hostilidad emanó de la mujer, palpable como una descarga eléctrica, el comentario había herido su amor propio.

—No me molestaré en sacar nada —continué—, si no pillas más de cinco kilos. ¿Te interesa o no?

Las cartas estaban sobre la mesa.

—No te gusta andarte con rodeos, ¿verdad?

Fui arrogante:

—Tú lo has dicho.

—Si me gusta me llevaré veinte, ¿te parece bien?

Volví a asentir.

—Perfecto.

13:22

El franchute sostuvo el tubo de plata con el índice y el pulgar, me miró a los ojos, inclinó la cabeza y esnifó la línea de tres centímetros delineada sobre la mesa de cristal. Primero utilizó el orificio derecho, de inmediato, al llegar a la mitad, la ventanilla contraria. Al terminar, se echó hacia atrás, se frotó la nariz y esbozó una mueca de éxtasis: la pegada lo había dejado con la boca abierta.

—¿Qué te parece?

—Estupenda.

Una sensación de aprensión invadió mi cuerpo, notaba un peligro inminente, las palabras de Jack regresaron a mi cabeza: aquellos bastardos querían mi pellejo.

—Levanta las manos, colega —el guardaespaldas tenía una pistola en la mano—. O te volaré la tapa de los sesos.

La pava encendió un Winston de mercado negro.

—Hazle caso.

Tranquilo, obedecí sus órdenes, sin perder de vista al franchute.

—¿A qué viene esto?

—Brian me ha dado recuerdos de su parte.

Sonreí.

—¿Ya salió del hospital?

La ira coloreó sus mejillas.

—Menos bromas.

—Me debía pasta —argumenté—. ¿Qué querías que hiciera?

La japonesa expiró una bocanada de humo por la nariz.

—Lo desfiguraste a navajazos, amigo.

Esbocé una mueca cínica.

—Él se lo buscó.

Sostuve la respiración, preparado para saltar sobre el gorila, mi ataque debería ser rápido, letal.

El franchute se cabreó por mis palabras:

—El sarcasmo será tu perdición.

Inesperadamente, propiné una patada a la mesa, la superficie de cristal se estalló contra la cara del segurita: su rostro quedó convertido en un amasijo sanguinolento cubierto de cortes menores. Sin pensarlo, me incliné y agarré la culata de la Taurus: el arma se convirtió en una extensión de mi brazo. El guardaespaldas lanzó una imprecación, levantó la pistola (una Glock 37 de 45mm) y abrió fuego contra mí: la detonación me rozó la mejilla. Con una rodilla en el suelo apreté el gatillo: el disparo acertó en su pómulo izquierdo, le reventó la cara y esparció su masa encefálica. El franchute levantó las manos, indefenso, mientras gritaba como un imbécil:

—¡No dispares!

El proyectil perforó su pecho, atravesó su corazón y lo dejó con la palabra en la boca: era demasiado tarde para suplicar por su asquerosa vida. Una sombra se movió detrás de mí. De manera instintiva, me eché a un lado y esquivé a la pava: cuatro cuchillas me rasgaron el bíceps hasta el hueso. Apreté los dientes de dolor. Mi sangre salpicó la alfombra. La japonesa se movió con diabólica rapidez, sus cuchillas cibernéticas implantadas debajo de las uñas me arañaron la frente: todo se volvió rojo durante unos segundos. Apreté el gatillo frente a sus facciones, distorsionadas por la bruma que enturbiaba mi visión. Su cabeza estalló a la altura del hueso malar: pedazos de piel sintética, plástico, acero y circuitos mostraron el interior del cráneo biónico. La sorpresa inmovilizó mis miembros, no esperaba que fuera una cyborg: los neuroingenieros habían creado una réplica perfecta de una hembra humana. La máquina se tambaleó, herida de muerte, y barbotó con tono robótico:

—H-i-j-o d-e p-u-t-a...

El arma tronó y destrozó lo que le quedaba de rostro.

—Descansa en paz, muñeca.

13:35

En el baño, curé la espantosa herida lo mejor que pude con un botiquín de primeros auxilios. Lo peor de toda la historia, aparte de haber estado a punto de perder la cabeza, era que mi piso había quedado hecho un asco. Suerte que la japonesa no me había acertado en ninguna vena o tendón importante, el apaño serviría hasta deshacerme de los cadáveres: la visita al hospital estaba pospuesta por el momento. Respecto a los vecinos, no tendría que preocuparme por ellos,

habían escuchado cosas peores: las fiestas que solía organizar en mi piso, matizadas con orgías y rodajes de películas porno amateurs, duraban semanas enteras. Las columnas del equipo vibraban con *"Future In Your Computer Hell"*.

No need for bands with tight "spandex",

"Macho flex",

High voices from larynx,

Tight jockstraps

Stuffed with socks and

Walnuts to show sex,

But plain obscure "high-tec"!

14:00

Jack lanzó una exclamación ahogada:

—¡Mierda!

Ignoré su mirada de preocupación.

—No pasa nada —lo tranquilicé—. Sólo es un rasguño.

Su aseveración me recordó a mi padre.

—Te dije que tuvieras cuidado, tío —protestó—. ¿Por qué no me hiciste caso?

—Olvídalo —encendí un pitillo—. Tienes que venir a verme. ¿A qué hora sales?

Jack respondió sin pensarlo:

—A las cuatro.

—Perfecto —asentí—. Tenemos trabajo que hacer.

—¿Podrás aguantar hasta entonces?

—Sí.

—¿Me vas a contar que cojones pasó?

Prefería hablar del tema en privado.

—Más tarde —propuse—. Estamos en línea abierta.

Jack se dio cuenta de que hablábamos por videófono.

—De acuerdo —admitió—. Nos vemos luego.

—Perfecto.

Al colgar el videófono, pensé que el beneficio de la duda sería algo positivo: sabía que la curiosidad lo impulsaría a venir volando a mi apartamento. Mientras tanto, para hacer tiempo, podría recoger el desorden y meter los cuerpos en unas bolsas de plástico: no dejes para mañana lo que puedas hacer ahora…

(Fin)

Cómo se hizo Nave Colibrí:

La ilustración está inspirada en el relato de la escritora argentina Marina Dal Molin, “Gotitas de agua” (aparecido en Crónicas de la Forja N° 7). Siverio imaginó una gigantesca nave alienígena con forma de colibrí que buscaba agua en un planeta desierto en el que sólo se encontraban cactos. El trabajo comenzó con el modelado de la nave-colibrí en el programa preferido de realidad virtual de Siverio, el LightWave 3D 9.2. La elaboración del modelo le llevó, desde el concepto hasta el resultado final, unas cuatro horas. Luego le aplicó una textura de cromo, altamente reflectante, que le daría esa apariencia alienígena.

Luego se dedicó a diseñar el fondo de la ilustración. Colocó la nave-colibrí en un cielo cargado de nubes, de tonos amarillos y naranjas, con el fin de simular un atardecer. Agregó unos cactos y unas montañas en segundo plano. Las montañas las obtuvo en Internet. Realizó un render del conjunto y lo guardó en formato JPG. Lo último fue añadir su dirección de correo electrónico.

Algunos deben caer

por Magnus Dagon

Este podría ser un relato sobre la insignificancia humana, pero también es una historia de personas que tienen sus vidas a pesar del enorme enorme universo que las rodea. Por cierto, la canción que se cita en el relato es *There but for the Grace of God*, de Alan Parsons Project, otra razón para agradecerle al autor.
Magnus Dagon es el seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz, nacido en Madrid en 1981 y licenciado en ciencias matemáticas. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, y al año siguiente fue finalista del Premio Pablo Rido. Ha publicado relatos en *Alfa Eridiani*, *Axolotl*, *Axxón*, *Bewildering Stories*, *Miasma*, *Necronomicón*, *Nuevomundo* y *Tau Zero*, entre otras revistas. Es autor de la sección de ensayo "*Guía del Autoescritor Galáctico*" en la página web NGC 3660. Tiene pendiente de publicación un libro con la editorial Equipo Sirius y otro con Grupo Ajec.

Vinieron a miles del espacio y en cuestión de horas rodearon la Tierra formando una enorme carcasa de metal. Eran largas y puntiagudas, en nada parecidas a las rosquillas gigantes que siempre solían aparecer en las películas. La primera vez que las vi me sorprendieron en plena carretera, de camino a celebrar la nochevieja del año 2087 con mis padres. Carente de perspectiva, pensé que eran fuegos artificiales y no las hice mucho caso. Seguí escuchando el programa de radio, en el que mi locutora favorita insistía en que eran fechas para olvidarse de las rencillas y tratar de mirar al futuro con decisión, con nuevas energías. Para cuando llegué a casa de mis padres ya no se veía una sola nube en el cielo, y muchos curiosos habían salido a la calle para observar el fenómeno. Todo el mundo pensaba que se trataba de alguna estratagema publicitaria, algún reclamo para llamar su atención. Me quedé un buen rato mirando al cielo, impresionado por el espectáculo. Flechas al viento invernal, un hermético crepúsculo azul. Miré a la Luna. Una de aquellas cosas pasaba por delante suya, dando la sensación de que la atravesaba de lado a lado. Supongo que en aquel momento debería haber llegado a una infinidad de conclusiones a partir de la velocidad de los aparatos, su forma, su color, su distribución en el cielo, pero en vez de eso me quedé allí quieto, como un pasmarote, mirando hacia arriba igual que las personas que inundaban la calle en aquel momento. De vez en cuando se oía un perro, el ulular del viento en los árboles, el claxon de algún impaciente. Y poco después, los rumores. Todos hablando con todos, daba igual que se conocieran o no, murmurando, maldiciendo, riendo, gritando. Como si aquello fuera una manifestación convocada y hubiera pasado el minuto de silencio.

Entré en la casa, mi padre en la puerta, esperando. Preocupado, aunque no lo dijera.

—Pensábamos que estabas en un atasco —comentó sin más, como si nada. Como si no tuviéramos sobre nuestras cabezas un ejército de púas flotantes.

—Estaba allí abajo.

—Te ha llamado tu director, hijo. Ese tal Berkowitz. Dice que vayas al Domo Sur y recojas a su ocupante, que él no puede ir debido al cierre de las líneas aéreas.

Fruncí el ceño contrariado. Si bien era verdad que aquel no era un fin de año cualquiera, no tenía ganas de tener que ir a la otra punta de la ciudad a hacer un recado de última hora. Pero conocía a Berkowitz. Si hacía una llamada en tales circunstancias era porque se trataba de algo importante.

—Antes voy a pasar a ver a mamá.

—Está indispuesta. Se desmayó cuando vio esos trastos en el cielo. Ya sabes que es muy impresionable.

Nos miramos sin hacer ningún otro comentario. La relación con mi padre nunca se caracterizó por ser la más cordial del mundo. Las palabras justas en los momentos justos.

—Me voy, papá. Dile a mamá que lo siento —comenté rompiendo el silencio—. Adiós.

Mi padre miró al reloj en lo que bajaba las escaleras.

—Feliz año nuevo, hijo —le oí decir mientras salía por el portal que daba a la calle abarrotada.

Debido a que las carreteras estaban colapsadas me dirigí hacia el Domo Sur por medio de los trenes subterráneos, que por fortuna aún funcionaban durante varias horas en la madrugada de año nuevo. Bajo tierra la gente parecía más tranquila, como si aquello fuera un mundo aparte, intocable por los eventos de la superficie. Se escuchaban varias conversaciones aisladas, pero la mayoría de los ocupantes de los vagones viajaban solos. El grueso de la humanidad, como se supo más adelante, procuró no separarse de sus familias. Se podía considerar a los que íbamos a la deriva en aquel tren como los auténticos visionarios, los que en el futuro tendríamos una historia que contar, como la chica de la esquina que se sentaba de lado en lo que tomaba una coca-cola o la mujer con el crío que balanceaba el pie mientras las ruedas de su maleta se movían por el suelo poroso. En mi caso concreto no hice mucho más que mirar impaciente los nombres de las paradas al tiempo que juntaba los pulgares como si estuviera a punto de tomar una terrible decisión.

Cuando salí del tren y volví a ver el cielo comprobé que las púas aún serpenteaban en el firmamento, aunque las calles estaban más vacías debido a que en aquella parte de la ciudad apenas había viviendas. El Domo Sur se resaltaba en lo alto de una oscura colina, sus esféricos contornos contrastados con la maraña de líneas que lo envolvían, desplazándose suaves hacia el noroeste como barcos sin ancla. Era fácil ser atracado en aquella parte de la ciudad por algún drogadicto desesperado si no se iba con cuidado; aquel día, sin embargo, se registró un gran aumento del número de muertes por sobredosis, más que en ningún otro fin de año desde hacía

un siglo.

Llegué a la base del Domo y saludé al guardia de seguridad, más preocupado en vigilar hacia arriba que a su alrededor.

—Feliz año nuevo —comenté estrechándole la mano.

—Feliz año, doctor Keller —respondió regresando de sus pensamientos. El guardia de seguridad era la única persona que me daba el tratamiento de doctor a pesar de no haber acabado mi tesis doctoral. Supongo que era porque para él ya lo era por méritos. A veces creo que en cierto modo me envidiaba, quería llegar a donde había llegado yo, pero lo consideraba tan complejo como llevar a cabo una de las doce tareas de Hércules. Teniendo en cuenta las horas diarias que se pasaba allí de pie, no estaba exento de razón.

—Vengo a buscar a quien quiera que sea que haya reservado las instalaciones hoy. ¿De quién se trata? —dije sin ocultar mi curiosidad.

—Del doctor Isaacson. Siempre lo hace todos los fines de año.

—Pensé que se había retirado tras recibir el premio Abel.

—Aún imparte conferencias y seminarios por todo el país.

Miré al guardia de seguridad y no dudé que había estado en la mayor parte de tales eventos.

—Se puede decir que el día de hoy se da a sí mismo un homenaje —siguió—. A las cinco de la mañana suele subir y tomamos una copa juntos.

—Mal día para darse un homenaje —comenté abriendo la puerta principal con mi tarjeta de nanodatos.

Los pasillos interiores del Domo eran oscuros como los de una cripta. Paseé por ellos mirando los expositores de telescopios del siglo XXI, y por primera vez en varias horas tuve una incierta sensación de paz. Tras un corto avance escuché un lejano murmullo musical y fue cuando me di cuenta de que allí estaba por encima de todo lo que estaba sucediendo, más incluso que cuando estaba en el tren subterráneo.

Aquella impresión, por desgracia, no duró. Entré en el esferoide y las púas volvieron a dominar el paisaje, refractadas a través de los paneles traslúcidos del techo. El telescopio, un neocelestrón de última generación, parecía apuntar al azar, aunque de un primer vistazo resultaba difícil de discernir. Recordé una ocasión en que me fui de pesca y eché el anzuelo en medio de un banco de arenques resistentes a la radiación de las aguas. No picó ni uno.

El doctor Isaacson estaba junto a una ventana, sentado en una de las sillas araña que

estaban junto a los ordenadores. De fondo sonaba una suave melodía de piano.

What kind of madness rules the world today…

—¿Doctor Isaacson? Me manda el doctor Berkowitz para buscarle.

Isaacson se dio la vuelta. Estaba mal afeitado y había bebido, pero parecía sereno. Miré alrededor y sobre una mesa de datos, junto a un espectrómetro, hallé una botella de ginebra, llena en su mayor parte. Había también varias pastillas diseminadas como si fueran piezas sueltas de un tetris.

—Sírvase una si le apetece —ofreció con sorna.

—No creo que me sentara bien. No sé mucho de mezclas, doctor Isaacson, pero tengo la impresión de que este año no iba a poder tomarse la copa con el guardia.

Isaacson se apartó de la ventana y bajó hacia donde yo estaba. Echó ginebra en un vaso y me lo ofreció. Lo acepté. Acto seguido se sirvió uno para él.

—Feliz año nuevo, doctor Keller —dijo alzando el vaso.

—¿Le avisaron de mi llegada?

—Lo cierto es que no. Si le conozco es porque Berkowitz me ha hablado de usted en alguna ocasión.

—Tiene que venir conmigo, para eso estoy aquí.

—Ya no hay transporte público, e imagino que no ha venido en coche…

—Imagina bien —le interrumpí.

—…y a no ser que alguno de los aparatos de ahí arriba se digne a recogernos, me temo que tendremos que pasar la noche aquí. De modo que será mejor que hablemos de cosas serias. ¿Tiene usted la nueva VirtuaWorld 32 de Sony? Mis juegos favoritos son los de fútbol, son muy realistas.

—¿Usted habla en serio alguna vez?

—Sólo cuando bebo —dijo vaciando la ginebra en el fregadero—. Entonces, cuénteme. ¿Qué sabe de todo esto?

—No gran cosa si he de serle sincero. Que está pasando en todas partes y poco más.

—El resto de los Domos de la ROIL parece confirmarlo. He estado echando un vistazo por el telescopio. Tecnología avanzada. Movimientos silenciosos, órbitas geoestacionarias en algunos casos. No parecen poseer motores, no al menos visibles. No parece haber jerarquías tampoco. Decididamente no es la última campaña publicitaria de Pepsi. ¿Qué opina usted, Keller?

—Si son… lo que pensamos, no tienen la forma que había imaginado.

—Cuando yo tenía su edad pensaba como usted, pero luego llegaron las teorías de los conos de gravedad, que a altas velocidades, la mitad de la luz más o menos, un cuerpo genera un cono trasero que sirve de remolque de otros cuerpos de similar masa. Esas púas que rodean la Tierra tienen la forma ideal para que quepan el máximo número de ellas en un cono de tales características.

—No sé mucho de esas teorías.

Isaacson se acercó a un escritorio, abrió un cajón y sacó de él una tiza. Me miró y asentí.

—Creo que tengo más o menos el mismo público que en la conferencia que impartí sobre el tema —dijo mientras trazaba un par de ejes de coordenadas.

Cuando llegaron las seis de la mañana y los transportes se restablecieron acompañé a Isaacson en tren subterráneo hasta el Domo Madre de la ROIL y allí nos encontramos con Berkowitz, quien se disculpó por no haber podido llegar antes. Acto seguido cogí un autobús hacia mi casa para descansar. No había dormido nada, de modo que consideré más seguro dejar mi coche aparcado frente a la puerta de mis padres y regresar por él más adelante.

La vista aérea no había cambiado. Con la llegada del alba, de hecho, la sensación de eclipse era aún mayor si cabe. Varias de aquellas púas pasaban por delante del Sol, haciendo que todas las sombras presentaran contornos deformados y multiplicados, como si no fuéramos capaces de reconocernos a nosotros mismos. La gente en el autobús seguía discutiendo, murmurando y debatiendo en voz baja. Apenas una persona leía un libro y otra escuchaba música, e incluso en ambos casos desviaban ocasionalmente la mirada hacia el cielo, uniéndose al resto de los viajeros.

Llegué a casa, me quité la chaqueta y los zapatos y me eché sobre la cama, pensativo. No tardé en caer en un sueño sin sueños, apagado e interrumpido antes de tiempo por el barullo de la calle. Me incorporé y miré el reloj: apenas había dormido tres horas. Había un jaleo tremendo en el exterior. Concluí que muchos de los que se habían ido de juerga en fin de año empezaban a despertar y a entender que no estaban ante una situación pasajera. Encendí el televisor. Debates, noticias, reportajes, todas las cadenas hablaban de lo mismo. Vagando entre canales vi que una periodista estaba frente al Domo Madre de la ROIL. Decía que la Research of Intelligent

Life había puesto cartas en el asunto y estaba considerando todas las alternativas. Acto seguido apareció hablando Berkowitz en lo que parecía una rueda de prensa. A su derecha estaba Isaacson, y a su izquierda un hombre y una mujer que no me sonaban de nada. Isaacson estaba muy callado, las manos ocultas tras la mesa alargada en la que se sentaban. No sé por qué, comprendí que en aquel momento estaba jugando con una VirtuaWorld 32, y sin embargo parecía prestar atención a todo lo que se decía. Tal vez porque también lo estaba haciendo.

Mientras estaba viendo el reportaje sonó el teléfono. Era el propio Berkowitz. Intercambiamos unas cuantas frases vacías al tiempo que le observaba en televisión. Recordé una película en la que un hombre grimoso y sonriente se acercaba a otro en una fiesta y le decía que en esos momentos estaba frente a él pero también en su casa. El hombre llamaba a su casa y le respondía una voz igual a la del hombre sonriente, llegando a conversar con la voz telefónica y con el hombre sonriente como si en verdad fuesen una sola persona. Berkowitz me trajo a la memoria aquella sensación de ubicuidad, pero a diferencia del hombre de la película él no sonreía. En absoluto.

—El doctor Isaacson ha mostrado interés en que nos acompañe para indagar acerca del fenómeno de las púas, como la gente está empezando a decir para referirse a ellas. Como creo que ésta podría ser una experiencia única para usted y su tesis le he apoyado, dando fuerza a su voz, ya que él no tiene derecho de voto en la ROIL desde que… fue retirado.

Pensé que Isaacson no era tan viejo para retirarse ni ser retirado, ya fuera por medios legales o mediante una botella de ginebra aderezada con una tableta de pastillas de colores.

—Los otros —continuó Berkowitz— no se han negado, de modo que si se siente descansado puede reunirse con nosotros cuando desee.

—¿Los otros?

—La doctora Grant y el doctor Packard. La ROIL nos encargó la tarea de anticiparnos a los acontecimientos, y en caso necesario hacer los preparativos para un primer contacto. Sugerí la incorporación del doctor Isaacson. Packard se opuso, pero al ser la doctora Grant y yo mayoría la propuesta prosperó.

—Voy de camino al Domo Madre entonces —respondí apenas pudiendo encadenar una palabra tras otra.

—Use su tarjeta de nanodatos, como de costumbre.

Casi una hora después estaba de nuevo a las puertas del Domo Madre. La prensa aún seguía atrincherada en el césped circundante, haciendo pruebas de cámara y alguna entrevista ocasional a los trabajadores de la ROIL que entraban o salían, entre ellos yo mismo. Gran cantidad de astrónomos y fotógrafos aficionados enfocaban con su instrumental a las púas, buscando imágenes o datos que ofrecer para la primera página de las revistas especializadas y no

especializadas. Me identifiqué ante los guardias y entré en el Domo Madre. La impresión general era la opuesta de la que me provocó el Domo Sur la noche anterior: pasillos llenos de gente frenética que corría de un lado a otro, ruido de teléfonos, faxes y fermensajes, voces, tensión, nervios, calor asfixiante y vehículos deslizantes abriéndose paso a duras penas. Me metí en la maraña hasta llegar a la sala de reuniones. Era grande como un aula de universidad, con tonos azules y violetas, sin duda para intentar calmar a sus ocupantes. Varios proyectores estaban encendidos y mostraban, entre otras cosas, esquemas gráficos bidimensionales de las púas y planisferios con la situación actual de la bóveda celeste. La pared del fondo estaba lacrada de monitores que mostraban imágenes del cielo en muchas partes del mundo, la mayor parte mostrando un trozo de suelo para no perder la escala. Era perturbador ver una mezquita o un buda resaltados entre aquel conglomerado de espinas. En una mesa cercana a los proyectores estaban los cuatro científicos discutiendo. Me acerqué tratando de no hacer demasiado ruido y me senté junto a Berkowitz en una de las múltiples sillas libres. Nadie me saludó. Estaban tan enfrascados en sus debates que no me prestaban la más mínima atención. Sólo Isaacson me miró y siguió a lo suyo. Pronto me di cuenta de que se limitaba a escuchar a los demás.

—¿Les importa que tome notas? —comenté al fin sacando una grabadora de bolsillo.

—Al contrario, Keller —comentó Berkowitz—. Doctora Grant, doctor Packard, este es Ray Keller.

—Encantada —murmuró Grant. Packard ni escuchó a Berkowitz. Para tener que presentar un informe conjunto no parecían muy coordinados.

—Creo que deberíamos poner nuestras ideas en orden —prosiguió Berkowitz—, y ya que mi estudiante está aquí es un buen momento para ver qué tenemos en claro.

—Hay criaturas inteligentes en esas naves —empezó Packard. Isaacson le miró, a punto de reírse, pero nadie más que yo lo notó—. Que sepamos, no han tratado de establecer ninguna comunicación. No parece probable a menos que se comuniquen por medios que desconocemos. Asimismo no han interferido con ninguno de los satélites de la Tierra, ni de manera activa ni pasiva. Sus naves presentan un singular aspecto alargado y parecen estar cuidadosamente distribuidas. Se mueven a velocidades muy lentas, siguiendo una órbita no sincronizada con la nuestra.

—¿Y de dónde vienen? —preguntó Grant.

—Eso no es lo importante ahora, doctora —cortó Packard—. Ya lo averiguaremos más adelante si tenemos ocasión de ello. De lo que no hay duda es que de algún modo están contradiciendo las teorías de Einstein. O eso o las hemos pasado por alto durante todos estos años.

—Son objetos opacos, tal vez no irradiaban suficiente luz para que los encontráramos —argumentó Berkowitz.

—¿Y qué hay de los efectos indirectos? ¿Las señales de su civilización?

—Pasee por la playa con una venda en los ojos, tire una canica y trate al día siguiente de encontrarla, doctora —comentó Packard.

—Muy bien, olvidémonos de su origen y concentrémonos en sus intenciones. ¿Por qué están aquí?

—Casualidad —dijo Grant.

—Curiosidad —comentó Packard.

Miré a Isaacson. No comentaba nada. Mientras que yo estaba muerto de cansancio, él parecía fresco como una lechuga. Le examiné un momento. La misma ropa, la barba mal afeitada. No había tenido un segundo ni para mirarse a un espejo. Supuse que era de los que sentían la llamada de la inspiración por las noches.

—Tal vez quieran minarnos desde un punto de vista psicológico —prosiguió Packard—. Estudiarnos a fondo y evaluar si somos dignos de hablar con ellos.

—En ese caso ya se hubieran marchado —dijo de repente Isaacson.

—¿Ah, si? Dígame, doctor, ¿qué cree que hacen entonces? Sorpréndanos con alguna de sus extravagantes ideas. ¿Van a remolcar la Tierra? ¿A provocar un eclipse, ralentizar el movimiento de rotación?

—Están observando. Y creo que no les gusta lo que ven, o al menos tienen sus dudas.

—¿Y por qué cree eso, doctor? —comentó Grant. Parecía querer darle pie, pero al tiempo recelar de él.

—Cuando yo estoy mirando el escaparate de una tienda, si algo me atrae entro a mirarlo. A veces, claro, hay otros factores. Si la dependienta está buena, puede que entre aunque no haya nada que me guste en el escaparate. Aun así hay que admitir que nuestro escaparate no es el mejor.

—Todo depende de lo que busquen —argumentó con calma Berkowitz.

—El hecho de que estén repartidas por todo el cielo es un problema —siguió Isaacson— porque nos impide responder a esa pregunta. Tampoco parece que haya jerarquías.

—Como puede ver —dijo Packard dirigiéndose a mí— el doctor Isaacson tiene una manera peculiar de expresar sus ideas. Apuesto a que ahora dirá que esperemos, como era habitual en sus decisiones.

—Podemos tratar de encontrar cuál fue la primera nave que llegó a partir de testimonios y filmaciones caseras —sugirió Berkowitz—. Si el doctor tiene razón, tal vez la primera nave nos de la pauta de las otras.

—Una tarea demasiado ardua y lenta —comentó con desprecio Packard.

—Yo lo haré —dije de repente.

Los presentes se me quedaron mirando. Isaacson parecía estar a punto de decir algo. Creo que iba a burlarse de Packard, pero prefirió callarse para no perjudicarme.

—Joven, es usted voluntarioso —dijo Packard intentando dar la vuelta a la situación—. Tiene veinticuatro horas para darnos una respuesta.

—Doce —añadió Berkowitz con seriedad. Me conocía bien y sabía que podía pedir un poco más—. Dispones de todos los contactos de la ROIL con las cadenas de televisión del mundo y otros observatorios astronómicos. Llamaré a los jefazos para que se te prepare cuanto antes un improvisado cuartel general y un equipo de telecomunicadores.

—Gracias, doctor —comenté sabiendo que tenía ante mí una gran oportunidad.

Me quedé un tiempo más en lo que esperaba confirmación. En cuanto la recibí salí de allí corriendo a la vez que seguía escuchando las voces de los doctores. Isaacson apenas habló en la reunión, correspondiendo a la fama de callado que tenía. No parecía de la clase de profesionales que disfrutaran de las tormentas de ideas, sino más bien un tipo individualista y reflexivo, de los que cuando hablan mucho no dicen nada pero cuando hablan poco lo revelan todo, lo primero una fachada de la auténtica personalidad.

Mi zona de trabajo estaba una planta por debajo de la sala de reuniones y consistía en un amplio despacho de conferencias lleno de ordenadores, teléfonos, fersendings y faxes. Unas diez personas que estaban en el exterior entraron y se me quedaron mirando como si yo supiera qué hacer. Mandé a los secretarios y a los del departamento de relaciones exteriores a los teléfonos mientras que los telecomunicadores se dedicaron a solicitar todas las imágenes por satélite disponibles, ya fueran nuestras o no. El resto del personal, no cualificado en general, se limitó a enviar fersendings a todas las emisoras de radio y televisión con las que había contacto directo y a solicitar material de las agencias. Los primeros problemas llegaron con la negativa de recibir la mayor parte del material de los satélites debido a intereses militares y de espionaje. Horas y horas de negociación dieron como resultado el envío de datos contrastados una vez dejamos muy claro para qué los solicitábamos y comprometiéndonos a no hacerlos públicos bajo ningún concepto. Por otra parte, la cantidad ingente de material que íbamos recibiendo hacía que fuéramos sepultados, en algunos casos literalmente, por una montaña de datos. Hizo falta más personal para poner en orden todo aquello, y ante la falta de gente se llegó a reclutar al servicio de limpieza, que por cierto eran unos compiladores excelentes. El café y los bocadillos de queso rancios se convirtieron en nuestras únicas armas para vencer el sueño y el hambre. Al fin, doce

horas más tarde, redacté a mano un informe con los datos encontrados y subí corriendo a la sala de reuniones para presentarlo. Los cuatro científicos estaban en la misma posición que cuando los había dejado, pero reinaba un inquietante silencio. Me abalancé sobre la mesa y dejé el informe.

—Según los datos que hemos podido recoger, la cadena Al-Faraz, en Irán, fue la primera en emitir un comunicado hablando de varios extraños objetos en el cielo, de diseño en nada parecidos a los aparatos que Estados Unidos del Norte había usado en los años previos para bombardearles. Según testimonios de pilotos que volaban horas antes hacia Johannesburgo, las naves debieron entrar en la atmósfera terrestre más o menos en las coordenadas de Sudáfrica, de modo que esas primeras púas sabían bien dónde se dirigían.

Nadie dijo nada. Miré a los monitores y vi que uno de ellos estaba en negro.

—Buen trabajo, Keller —dijo Berkowitz sin intención alguna de resultar sarcástico—. Es una lástima que no se nos ocurriera antes la idea. El monitor apagado correspondía a Irán. Hace alrededor de diez minutos las púas se doblaron radialmente hacia la Tierra en esa zona y atacaron.

—¿Atacaron? —dije asustado.

—Devastaron —se limitó a decir Grant.

Todos miraron a Isaacson, como si estuviera a punto de hacer algún chiste sobre escaparates. Isaacson miró al monitor.

—Siempre quise encontrar una excusa para visitar Irán —se limitó a comentar.

Apenas una hora más tarde estábamos a bordo de un Lane modelo 136Eternal y en otra hora entrábamos en el espacio aéreo de Irán, una manera de hablar que no dejaba de resultar ridícula a poco se echaba un vistazo al cielo. Las púas habían recuperado la horizontalidad otra vez y se fundían de nuevo con el conjunto. Pensé que en aquellos momentos, en todo el mundo debían estar al borde de la histeria, llegando a huir despavoridos a poco que vieran que una sola de las púas doblaba sutilmente el morro hacia abajo con la intención de maniobrar entre sus compañeras.

Tras comprobar que no había peligro inminente en tierra el Eternal aterrizó en lo que hacía poco menos de medio día había sido Teherán. A simple vista no quedaba nada que dijera que aquel lugar había sido habitable. La potencia de fuego de las púas era tan devastadora que los escombros habían sido pulverizados junto con el resto de aderezos de la ciudad, y como resultado un tono grisáceo predominaba en todas partes, una mezcla de cemento, carne, huesos y ladrillo. Era más apropiado hablar de desintegración que de destrucción.

—Es horrible —comentó Grant en lo que miraba a lo lejos, allá donde debería haber estado una nevada cordillera.

Silencio. Las cinco personas que allí callaban eran testigos de un acontecimiento que había tambaleado los cimientos de la humanidad. Packard miró fijamente a Isaacson.

—Usted dijo que no le gustaba lo que veían. Muy bien, ¿por qué cree que es así?

—Tal vez no le guste la respuesta.

—El tiempo corre, Chris —recordó Berkowitz.

—Antes pensaba que era por una cuestión de diferencias culturales. Ahora creo que es otra cosa.

Exhaló aire antes de hablar de nuevo.

—¿Alguno de ustedes está abonado al canal History?

—No sé por qué escuchamos a este payaso de circo —protestó Packard. Miré a Grant. Parecía tener sus dudas.

—Conozco a Chris desde hace años, y sabe hablar en serio cuando corresponde, aunque resulte hiriente —dijo Berkowitz. Pero en su rostro asomaba también la incertidumbre, al igual que en el mío.

—Hace unos pocos meses se emitió un documental acerca de la búsqueda del lugar geográfico donde pudo haberse ubicado el paraíso. La expedición se dirigió al territorio de Irán, guiada por los trazos geográficos señalados en la Biblia, donde se dice que Edén está cercado por cinco ríos e incluso se señalan los nombres de los mismos. Se notó que la palabra paraíso proviene de la palabra paradizi, que en la lengua persiana significa un lugar donde la tierra es muy fértil. Siguiendo los cambios de la pronunciación de los nombres geográficos de los ríos en distintas lenguas antiguas, los científicos al final descubrieron la colina de Edén, pero ocurrió que actualmente estaba ocupada por una ciudad grande, cuyas fábricas provocaban la contaminación del medio ambiente.

—¿Qué quiere decir con todo eso? —dijo Packard impaciente.

—Como nos notificó el doctor Keller, las primeras naves llegaron a Sudáfrica y desde allí tomaron rumbo directo a este lugar. Sabían dónde querían ir. Lo que opino es que ya habían estado aquí, tal vez antes que nosotros.

—Puede ser, pero sólo especulaciones apoyan dicha teoría, nada concluyente.

—Así es, doctora Grant.

—¿Y por qué no atacan todas a la vez en otros lugares del mundo? —pregunté.

—No creo que quieran hacerlo —respondió Isaacson más seguro—. Aquí estaba el paraíso, ¿no? Creo que esto era algo así como su lugar de vacaciones y les ha molestado encontrárselo en semejante estado.

—Y por eso lo han destruido, para arreglarlo —dijo Packard ofensivo.

—¿Tiene usted jardín transgénico, doctor Packard? ¿Sabe lo que jode que una parte se llene de malas hierbas? Al final hay que arrancarlo todo y volver a empezar.

—Pero eso no explica por qué no lo hacen en otras partes del mundo. Ni por qué se niegan a dialogar con nosotros —argumentó Grant.

—Tal vez nunca lo sepamos —comentó Berkowitz.

Mientras el Eternal despegaba, dejando atrás lo que había sido una de las veinte ciudades más grandes del mundo, el piloto nos notificó que había detectado un objeto de grandes dimensiones en el radar. Le dijimos que pusiera rumbo a dichas coordenadas y en menos de cinco minutos estuvo en sus cercanías. Ya desde la ventanilla se apreciaba un cráter más grande que cualquiera del que hubiera oído hablar, y en el medio una plataforma cilíndrica de metal. Su diseño, sin lugar a dudas, lo emparentaba con las púas.

—Así pues, el doctor Isaacson tenía razón —dijo Grant—. Ya habían estado aquí antes.

—Antes había aquí una ciudad —comentó Berkowitz—, y dicho objeto debía estar enterrado bajo ella. También podría ser que lo hubieran colocado ahí tras la masacre, pero me parece improbable, pues lo hubiéramos visto.

Isaacson negó con la cabeza, dando a entender que opinaba igual. Packard no dijo nada.

—Deberíamos acercarnos —continuó Berkowitz.

—No creo que sea buena idea —replicó Packard—. Puede que sea una trampa.

—Ese aparato ya estaba antes, doctor, de modo que…

—Por una vez —comentó Isaacson mirando por la ventana— estoy de acuerdo con el doctor Packard.

Las naves púas empezaron a girar. Poco a poco, casi de manera imperceptible, pero para aquellos cuatro científicos, que las habían analizado desde todos los ángulos posibles, ese movimiento era inconfundible. Berkowitz fue a la cabina y le ordenó al piloto que se alejara

cuando antes. En menos de diez minutos el Eternal traspasó las fronteras del país, justo cuando las púas habían alcanzado la posición vertical. Antes de que las perdiéramos de vista pudimos comprobar cómo unos minúsculos proyectiles salían de sus puntas a gran velocidad, y cuando caían liberaban una nube verdosa que se mantenía flotando a baja altura.

—Han convertido todo esto en un erial, en un vertedero químico —comentó Grant.

—Tal vez —añadió Berkowitz—, pero no podemos concluir nada así hasta que no estemos seguros.

Y para nuestra desgracia, tuvimos la certeza. Vehículos antirradiación de la ROIL llegaron al día siguiente y tomaron una muestra del gas que había sido liberado por las púas. Se analizó y se comprobó que era una especie de arma bacteriológica que extraía el aire de los pulmones a toda clase de organismo que funcionara de tal manera. Más aún, no afectaba a las plantas, debido a que había en su composición elementos químicos similares a la clorofila, mezclados de una manera que nos resultó imposible de entender. Para Isaacson, tendido sobre el microscopio, la respuesta era bastante clara, permaneciendo los demás atentos a lo que pudiera decir.

—Insecticida —murmuró. Acto seguido cogió su VirtuaWorld 32.

—¿Puede dejar de usar eso? —solicitó Packard.

—No la voy a encender, doctor. Me relaja tenerla en las manos —argumentó sin más—. Lo que quiero decir es que esa sustancia funciona como un insecticida. Nos roba el aire. Es para asegurarse de que si queda alguien con vida, desaparezca. No quieren dialogar con nosotros porque les importamos menos que a mí los muñecos de esta máquina —alzó la consola.

—¿Y qué hay de la máquina? ¿La usaron para crear ese jardín, por seguir hablando como usted? —dijo Grant.

—Es posible. Algunos vehículos dicen que los niveles de oxígeno son mayores en sus cercanías. Tal vez fuera un purificador de aire. De todos modos, según los expertos harían falta siglos para que el aire de las inmediaciones fuera respirable.

—Siglos es lo que parece sobrarles a esas criaturas —comentó Packard.

—¿Así pues, qué podemos concluir? —preguntó Berkowitz. Isaacson se levantó.

—Me temo, Earl, que Irán no va a optar a ser sede olímpica en mucho tiempo —dijo antes de irse.

Los días siguientes los militares tomaron cartas en el asunto. Se fundó un ejército terrestre a toda prisa y en medio de un torbellino de intereses armamentísticos China se autoproclamó líder natural de dicho ejército y puso a su disposición todo su armamento nuclear. El resto de los países, que preferían estar de su lado que en su contra, se apresuraron a aportar sus cabezas nucleares. Como resultado se preparó un ataque simultáneo en el que alrededor de un millón de cabezas nucleares serían lanzadas a la maraña de púas. Nos confiscaron temporalmente la mayor parte de nuestros informes y usaron gran parte de ellos como incentivo para espolear a la opinión pública.

Durante semanas se vivió con miedo, mucho más que el que las púas podían provocar. Aquellas naves parecían saber bien lo que hacían. Habían arrasado Irán con una eficacia tal que resultaba admirable. La gente de la Tierra no tenía la misma confianza en sus generales. Una sola cabeza mal lanzada y se repetiría el desastre de Nueva York. Todos recordábamos Nueva York. Todos pasamos aquellas semanas con nuestros familiares. Por mi parte llamé a una chica con la que había mantenido una relación de un año mientras estaba en la universidad. Quitamos el freno de mano y seguimos donde lo habíamos dejado.

Sabía que Grant y Packard se habían ido a otros Domos de la ROIL para impedir la expoliación de datos por parte de las fuerzas armadas y que Berkowitz estaba al frente del Domo Madre, pero ignoraba qué había sido de Isaacson en aquellos días. Al fin me enteré por terceros de que Isaacson tenía una hija que vivía fuera del país. Supuse que había ido a verla, pero Berkowitz me comentó que hacía años que ella no le dirigía la palabra. No quise preguntarle los motivos, si es que los sabía. El caso es que todos estuvimos todo lo cerca que pudimos de nuestros seres queridos. Supongo que él intentó hacer lo mismo. De todos modos, creo que su soledad, su desapego emocional, lo convirtieron desde el principio en la persona perfecta para evaluar lo que estaba pasando. Él no tenía expectativas ni ilusiones, sólo se limitaba a observar, especular y verificar.

El seis de enero del 2088 se lanzaron las cabezas nucleares al espacio. Desde un punto de vista balístico la maniobra fue un rotundo éxito. Ni un solo misil falló su objetivo y no hubo que lamentar accidentes, por lo que se aseguró que la radiación liberada no afectaría a la vida sobre la Tierra. En lo referente a los resultados, no se produjo ni un solo rasguño a las púas. Ni siquiera alteraron su posición, permanecieron ajenas a lo sucedido, vapuleando el orgullo de los ejércitos terrestres con su hermetismo y su humillante silencio. Se proclamó la inminente desaparición de nuestras culturas y sociedades tal y como las conocíamos. El mundo se sumió en la paranoia y el caos. Las noticias volvieron a ser apocalípticas como durante la guerra Euro-Asiática, los rumores circulaban sin cesar, cada vez más desalentadores, algunos países aprovechaban la situación para iniciar disputas territoriales con países vecinos sin que la comunidad internacional hiciera nada por intervenir. Y sin embargo las púas no descendieron, se limitaron a flotar sobre todos nosotros, tranquilas, como un mar en calma. Se seguían señalando con el dedo, comentando su presencia, pero empezaban a formar parte de la vida diaria. Pudimos volver a dormir, volver a soñar. El miedo fue disipado y la población se acostumbró a su presencia. Éramos más vulnerables que nunca, la guardia bajada, sólo unos pocos organismos como la ROIL funcionando a plena

potencia para aclarar lo sucedido. Los días pasaban como horas y se sucedían nuestras reuniones, nuestras especulaciones. Se analizó la máquina encontrada en la llanura desierta que había albergado el país de Irán y se llegó a la conclusión de que, como habían sugerido Grant e Isaacson, esa máquina era un purificador de aire que llevaba siglos allí. Sin embargo el hecho de que existiera oxígeno en sus inmediaciones se debía a residuos de dicho elemento que aún albergaba en su interior. No funcionaba, y no parecía que lo volviera a hacer jamás.

Finalmente, el catorce de Febrero del 2088, un periódico local de Alemania publicó una noticia en páginas interiores donde varios testigos aseguraban haber visto a una de las púas marcharse de la órbita terrestre. Varias horas después el cielo de Europa estaba despejado en su práctica totalidad, y a medida que pasaba el tiempo las naves fueron desapareciendo hasta perderse de vista. Reputados cazadores de cometas trataron de seguirlas, pero fracasaron en el intento. Incluso en la ROIL nos sentimos frustrados al intentarlo y empezamos a pensar en nuestros neocelestrones como vulgares baratijas.

—De modo que así se acaba —dijo Packard en voz alta en lo que era ya nuestra reunión habitual diaria—. Se marchan y ni siquiera les hemos visto. ¿Cuándo creen que volverán?

—La verdad, doctor Packard, no creo que vuelvan —dijo Isaacson tumbado entre dos sillas—. Este planeta debía ser algo así como un destino turístico para ellos. Ahora que se han ido se confirman nuestros peores temores: que no nos consideraban dignos de su mención. Tal vez éramos una molestia para ellos. Ya sabe, uno se va de picnic y se encuentra que su lugar favorito está plagado de hormigas. Intenta echarlas, pero al final se resigna. Antes de irse se queda un rato mirándolas con curiosidad y luego se va. Así de abrumador y deprimente ha sido nuestro primer contacto con otra especie racional, por decir que ha habido algo parecido a contacto, pues es posible que ellos no lo piensen así.

Y en efecto, como había dicho Packard, así se acabó, sin epílogo ni capítulo final. Se marcharon y la gente se olvidó de ellas. La vida siguió su curso, los problemas del día a día volvieron a ser la preocupación principal de la gente. No aprendimos a ser mejores ni peores, sólo nos limitamos a pasar página sin pretender extraer lecciones de moral ni motivos de deshonra. A pesar del miedo a lo desconocido, de las emociones que nos invadieron a todos como un ente colectivo.

Una noche volvía andando de casa de mi novia y pasé cerca del Domo Sur. Me acerqué por allí para saludar al guardia de seguridad y para mi sorpresa me dijo que el doctor Isaacson había reservado el Domo aquella noche. Avancé por sus pasillos como a principios de año, volviendo a escuchar el murmullo de la música lejana. Era la misma canción que el doctor había puesto la última vez. Entré en el esferoide. Isaacson estaba sentado con los ojos cerrados en una de las sillas araña, una botella de ginebra medio vacía en el suelo. Me acerqué a él y comprendí que no era necesario que fuera sigiloso. Busqué en las mesas de los ordenadores hasta que encontré un cuchillo y un montón de pastillas machacadas.

Me acerqué al cuerpo de Isaacson y le miré sin ser capaz de pensar en nada. Fui hacia la misma ventana en la que le vi cuando le conocí y miré al cielo, despejado y tranquilo. No paré la canción.

There is no heaven at all

For some may weep

And some may sleep

While some may rise

And some may fall

—Algunos deben caer —dije en voz alta sin apartar la mirada del horizonte.

(Fin)

Asociación Venezolana de Ciencia Ficción y Fantasía

http://www.avcff.org/ubik.htm

Noticias de Ciencia, Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, actividades, publicaciones e historia de la asociación.

Hogar de Ubikverso y Necronomicón.

Juan Raffo

La portada - El dibujante

Juan Raffo: dícese del individuo nacido en Maracay, Venezuela, algo soñador, algo perezoso, algo desteñido, algo calvo, algo gordo, algo inteligente, algo burro, algo ingeniero en telecomunicaciones, algo adulto, algo infantil, algo dibujante, algo aburrido, algo agnóstico, algo derrotista, algo algo, y que lo único que tiene completo (para la fecha) son 40 años muy mal cumplidos y una excelente memoria para cosas inútiles.

Posee el estrambótico nombre completo de Juan Ricardo Raffo Rinkevicius y su sueño es tener una librería especializada en ciencia ficción y fantasía, que dé suficiente para vivir sin deudas, con un sofá donde recibir a las visitas y hablar de su gran afición mientras comparten un café (si es con carajillo mejor).

Tiene una página web olvidada (http://www.geocities.com/jraffo2001), una bitácora llena de irreflexiones actualizada más frecuentemente (http://juanraffo.blogspot.com) antes de que caiga en baúl del olvido de los blogs, una hermosa pareja que lo soporta, dos pesados gatos que lo someten y unas enormes ganas de conocer un mundo distinto a "este".

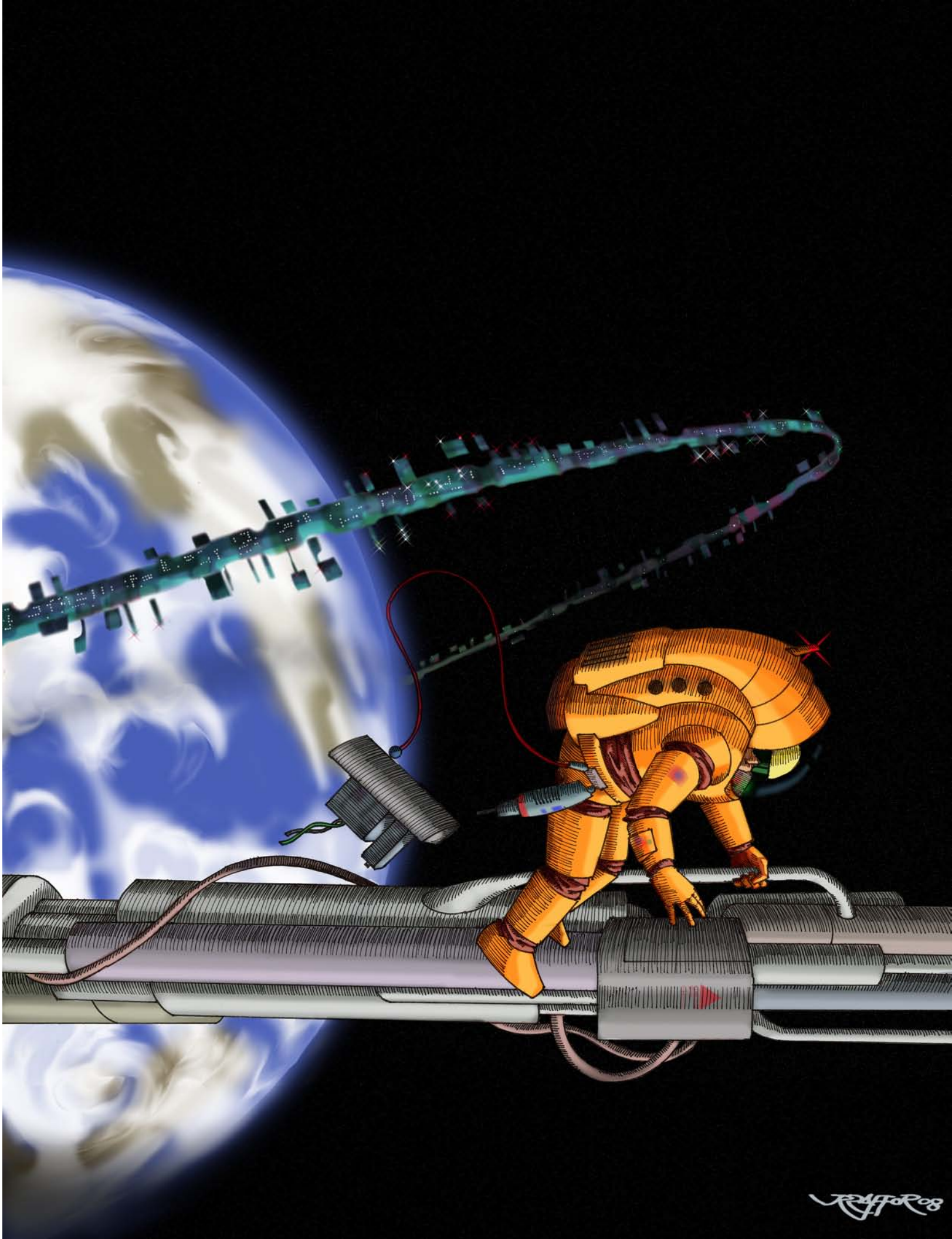
¿Por qué la portada de Ubikverso?

¿De donde nace EVA? Supongo que debe ser una mezcla de una sobredosis de Planetes (http://es.wikipedia.org/wiki/Planetes) con un intento de utilizar varios consejos de ilustración leídos a Stephan Martiniere (http://www.martiniere.com).

La idea era ilustrar una "Extra Vehicular Activity" pero con una estética algo fantástica y rococó, en primer plano el dibujo tenía que ser en un estilo de línea clara, con colores brillantes aunque traslúcidos, algo Moebius. En el fondo tenía que haber una estructura grande y complicada (y aquí entra Martiniere) simulada con multitud de manchas superpuestas, desenfocada, sin mucho detalle pero intentando engañar al ojo para que la viera muy compleja.

Como siempre el resultado no se parece en nada a lo que tenía en mente; nuevamente el dibujo dejó de ser fantasioso para terminar en un traje demasiado racional y la megaestructura no tiene la complicación y pseudodetallismo que buscaba, finalmente quedó muy lejana y no se ve para nada impresionante.

En realidad no me quejo del resultado, fue un intento de aplicar nuevas técnicas de Photoshop y bueno, será cuestión de volver a intentarlo, supongo que habrá más Ubikversos en el futuro.



Palabras finales

Ya está. Ya terminó todo. Una de las mejores virtudes de la lectura es que podemos repetir aquello que nos gustó. Leerlo una y otra vez en relación directamente proporcional al grado de nuestra obsesión. Yo por mi parte, obsesivo por definición de mi cónyuge, lo he leído bastante y aún mi entusiasmo no aminora cuando paseo mi vista por cada una de las líneas de los tres relatos de este número.

No me queda más que invitar como siempre a los lectores a la próxima cita en el número 4 y a los escritores a enviarme nuevos relatos para seguir ambos, lectores y escritores, contribuyendo con el crecimiento de la literatura fantástica en nuestro idioma.

Nos vemos.

Jorge L. De Abreu

¡Colabora con Ubikverso!

Recibimos relatos de Ciencia Ficción, Fantasía o Terror. Envía tus cuentos entre 1000 y 7500 palabras a ubikverso@avcff.org. El mensaje debe incluir el nombre del autor, el relato y una pequeña biografía del autor de no más de doscientas palabras.

Encontrarás más información en el portal de Ubikverso (http://ubikverso.avcff.org) o escribiéndonos a ubikverso@avcff.org.

UBIKVERS
UBIK
AD
INFINITUM